

El hombre pecador no puede tener derecho en cosa alguna que competa á Dios.

Aquel hombre es de el demonio, que se ama más á sí mismo que á Dios.

El que ama más á Dios que á sí mismo, le procura y solicita más honor.

Más provechoso es á el hombre el pensar bien que sentir el bien.

Apénas hay hombre alguno que haga aquello para que ha sido creado.

No son buenos todos los hombres que tienen buena fama.

La buena fama en el hombre malo es hábito de hipocresía.

Aquel hombre vale ménos que el asno, el cual quiere valer más por el cuerpo que por el alma.

Aquel hombre que imagina muchas veces de dónde viene, sabe los caminos de el día y de la noche.

De los proverbios de las flores de el árbol humanal espiritual.

La voluntad rogó á el entendimiento dijese á su amado que le amaba más que á sí misma.

Por eso el entendimiento quiso más entender á Dios que á sí mismo, y la memoria memorar más á él que á sí misma.

Si la voluntad amase mucho á su amado, no le hubiera puesto en olvido.

El entendimiento vió en una mano de el amado una espada, y en otra una flor; por eso dijo á la voluntad que tuviese temor, y que enviase la esperanza á la misericordia.

La voluntad amó tanto á su amado, que no tuvo tiempo para amarse á sí misma.

La memoria memoró á el amado, el entendimiento le entendió, y la voluntad deseó que fuese honrado por todos los hombres.

La voluntad envió la esperanza á el amado, para que tuviese memoria y piedad de los pecadores.

La voluntad enfermaba por el demasiado amar; pero el mayor recordar y entender la curaron con la bondad de su amado.

La memoria, entendimiento y voluntad lloraron sus pecados, y el amado les envió y transfirió la caridad y esperanza.

La voluntad que ama lo bueno coge las flores blancas, y la voluntad que ama lo malo coge las flores negras.

La voluntad ascendió á el amado, y le dijo que el mundo, que era suyo, se destruía por los hombres malos.

De los ejemplos de el fruto de el árbol humanal.

Cuéntase que el cuerpo y el alma pleitearon en el hombre, porque el cuerpo decia que el hombre era su fruto, y el alma decia lo contrario. Alegaba pues el cuerpo que el hombre era su fruto, por cuanto él era de más cosas que el alma, porque era de los cuatro árboles; es á saber: de el elemental, vegetal, sensual é imaginal, y el alma no era sino un árbol solamente. Pero el alma preguntó á el cuerpo si no sabía lo que la santidad dijo

á la bondad. «Y qué fue eso? dijo el cuerpo.—Cuéntase, dijo el alma, que cierto obispo estaba en compañía de diez canónigos, que eran hombres buenos, devotos, de santa vida y que celebraban devotamente el oficio en la iglesia. Aquel obispo tuvo gran deseo de ser arzobispo, para ser más honrado y para tener más canónigos debajo de su dominio. Este obispo fue á la córte, y trató de que le hiciesen arzobispo, y cuando lo fué, los canónigos de aquel arzobispado, que no eran hombres buenos ni de santa vida, se opusieron á el arzobispo, el cual le castigó, y ellos le dieron gran trabajo, y dijieron que si él no queria hacer á su modo de ellos, que le matarian. Y entónces el arzobispo dijo que la santidad hace á el prelado, y no el honor, aunque la santidad no conduce ni guía tantos animales por el camino como el honor, y dijo que de buena gana volvería el honor por la santidad si la pudiese recuperar. Y así, dijo la santidad á el honor que ella valia más con la paz que el honor con el trabajo.» Y tambien dijo el alma á el cuerpo que ella habia honrado más á el hombre que no él; porque él puso en el hombre la naturaleza de las bestias, y ella habia puesto en el hombre la naturaleza de los ángeles.

De los proverbios de el tronco moral.

Dijo la virtud á el vicio: «Quién es tu padre?» Respondió el vicio: «Tu privacion es mi madre.»

El vicio dijo á la virtud: «¿Por qué te aman tanto los hombres?» Respondióle el vicio: «Por cuanto tú estás ociosa.»

Dijo la virtud á el vicio: «Por qué eres mi contrario?» Respondióle el vicio que la es contrario para que ella sea grande.

El vicio dijo á la virtud: «¿Dónde estás?» Respondió la virtud: «Yo estoy en el lugar en que tú no estás.»

Dijo la virtud á el vicio: «Yo te acusaré en el día de el juicio.» Respondióle el vicio: «El libre albedrío me excusará con el juez.»

Dijo el vicio á la virtud: «¿Por qué no tienes temor?» Respondióle la virtud: «Porque no tienes conciencia.»

Dijo la virtud á el vicio: «¿Por qué amas las tinieblas?» Respondióle: «Y por qué tú no andas de día?»

El vicio dijo á la virtud: «¿Tienes hermano?» Respondió: «La pena que padecerás será mi hermano.»

Dijo la virtud que ella estaba en el anillo de el Rey; respondió el vicio que él estaba en la voluntad de el Rey.

Dijo la virtud á el vicio que la maltrataba en el hombre pobre; respondióle el vicio que se quejase á el hombre rico.

De los ejemplos de los brazos de el árbol moral.

Cuéntase que cierto rey quiso enviar un embajador á el Emperador, y dijo á su consejo que de las cuatro virtudes cardinales y de las tres teologales queria enviar dos solas, que concordasen conjuntamente; las cuales de ninguna manera pudieron concordar, porque todas eran necesarias para la embajada. Por eso el Rey eligió un soldado que fuese embajador, en el cual concurren todas las virtudes. Este soldado dijo á el Rey si sabía fuese justo el Emperador, porque si no era

justo, nada le valdria la justicia; y si no era sabio, tampoco le sería de valor alguno la prudencia; pero que no obstante, fuese ó no fuese fuerte el Emperador, sería bueno que fuese la fortaleza en la embajada, suponiendo que en el Emperador estaria la caridad, porque si no hay caridad en él ni justicia, no podría llevar consigo la esperanza, siendo así que el Emperador tiene mayor poder que el Rey. Entónces el Rey dijo á el soldado que queria vencer á el Emperador con su prudencia, si el Emperador no tenía prudencia ni justicia, siendo así que la justicia y prudencia tienen mayor concordancia con el arte que el poder y la ignorancia. Y que por eso podía llevar consigo en su compañía la esperanza. Entónces el Rey dió á el soldado ciertos capítulos escritos, segun los cuales él debria hacer la embajada sin aumento ni disminucion de ellos, ni innovar alguna cosa. Pero el soldado se excusó, y dijo que no iria á la embajada, por razon de que no podría llevar consigo la prudencia ni tampoco la esperanza. Y entónces el Rey dió licencia al soldado de que pudiese usar libremente en la embajada de la prudencia, para que pudiese ejercer la dignidad de embajador, y tuvo esperanza en el soldado por la prudencia y caridad que tenía.

De los ejemplos de los ramos de el árbol moral.

Cuéntase que la potencia, el objeto y el acto iban á una iglesia en peregrinacion. Esta iglesia era de la virtud, y á la una puerta estaba la mayoridad, y á la otra puerta la minoridad. Asistia la mayoridad á la una puerta de aquella iglesia, para que aquellos que quisiesen entrar con su voluntad tuviesen mayor virtud. Asistia tambien la minoridad á la otra puerta, para que aquellos que quisiesen entrar con su voluntad, tuviesen menor virtud. Estando pues la potencia, el objeto y el acto en la puerta de aquella iglesia, y habiendo sabido las condiciones de la mayoridad y minoridad, preguntaron á la libertad si entrarían por la puerta de la mayoridad ó por la puerta de la minoridad. Y la libertad dijo que no tenía oficio de aconsejar á ninguno, porque ella era comun á cualquiera de las puertas; y mientras ella se excusaba, una señora, que se llamaba la gracia, dijo estas palabras: «Cuéntase que cierto hombre trabajó mucho tiempo en tratar el honor de Dios, que no pudo conducir á su fin. Y sucedió que cierto día, que estaba pensando en esto, se maravillaba en gran manera de que Dios no le habia ayudado para perfeccionar aquel negocio, que trataba por su amor; y pensó que acaso tenía en sí algun vicio, por cuya causa Dios no le dió virtud para que llevase aquel negocio hasta el fin. Y mientras estaba pensando de este modo, y buscaba en sí aquel vicio, se quedó dormido, y le pareció en sueños que estaba delante de él una señora vestida de paños diversos, cuyos colores eran la blancura y negrura; y el hombre preguntó á la señora qué significaban aquellos colores de sus paños. Respondió la señora y dijo que el color blanco significaba la voluntad de aquellos hombres que aman tanto el honor de Dios, que no se les da nada de el honor propio, y que quieren que todo el honor sea de Dios. Tambien el color blanco significa la voluntad de aquellos que no tienen temor de su honor, ni vergüen-

za de tratar de el honor de Dios. Y dijo que el color negro significaba la voluntad de aquellos hombres que honran á Dios para que ellos sean honrados, y tienen temor de la vergüenza, para que no reciban deshonra. Entónces despertó aquel hombre y entró en la iglesia por la puerta de la mayoridad, para ver el Santo, y dijo que desde entónces no desearia el honor propio, ni tendría temor de la vergüenza ni de la deshonra, ni dudaria sufrir la muerte por tratar el honor de Dios. Y el Santo le dió entónces las vestiduras blancas, y me rogó á mí y á la mayoridad que fuésemos sus amigas en todas las cosas buenas, y que le guardásemos de las malas y de las cosas ménos buenas. Por esto aquel hombre condujo á el fin y cumplimiento aquel santo negocio, en que habia trabajado mucho tiempo, para que Dios fuese honrado en este siglo.» Y habiendo oido la potencia, el objeto y el acto estas palabras, entraron por la puerta de la mayoridad, y rogaron á el Santo, diciendo estas palabras: «Santo y señor mio, dijo la amatividad, si te fuese agradable, te quisiera querer segun la mayor mayoridad de mi poder, de mi sabiduria y de mi voluntad; pues tú eres amable con la mayoridad de la posibilidad, inteligibilidad y amabilidad, para que entre tí y mí esté el amor vestido de la mayoridad extendida en la grandeza de la bondad, duracion, poder, sabiduria, voluntad, gloria, virtud y verdad.» Y entónces el Santo les concedió á todos tres lo que le pidieron. Y dijo á la gracia y á la mayoridad que los acompañasen, y que no pasasen por la puerta de la minoridad.

De los ejemplos de la situacion de el árbol moral.

Cuéntase que en una fiesta cierto príncipe estaba sentado en su trono y vestido de oro y seda, y en su cabeza tenía una corona de oro y de piedras preciosas, y que en su mano tenía un cetro de oro; y delante de el Rey estaban en pie muchas gentes, que decian que el Rey estaba sentado muy noblemente en su trono, y que su situacion significaba bien la nobleza de el Rey; empero que en su alma no estaba bien situado; porque ninguno le amaba, ántes las gentes deseaban su muerte por las malas obras que hacia; porque era hombre muy vicioso, de malas costumbres y enemigo de las virtudes. Y mientras el Rey estaba sentado así, dijo su cuerpo á su alma: «¡Oh alma, amiga mia, alegrate de mis honores!» El alma respondió y dijo á los ojos de aquel cuerpo que se alegrasen de aquel honor de el cuerpo, y que los oídos llorasen por la deshonra que el Rey tenía en las bocas y palabras de las gentes, que decian mucho mal de él; el cual era más deshonrado por aquellas palabras, que honrado por su trono. Por eso rieron los ojos y lloraron los oídos. Y el alma pensó que aquel cuerpo no podía vivir mucho tiempo.

De los proverbios de las flores de el árbol moral virtuoso.

La justicia, prudencia, fortaleza y templanza cogieron méritos blancos, para poder servir á el amado con vestiduras blancas.

La fe lloró, y pidió y pide ayuda á sus hombres, y apénas hay alguno que la responda.

La caridad se quejaba á la justicia de los hombres malos, que no la querian amar; y la esperanza memoró á la misericordia.

Aquel hombre que tiene temor á la justicia, tiene falta de caridad.

La gran justicia no es tan temible como la privacion de la gran esperanza.

Aquel hombre es discreto, el cual, ántes que hable, recuerda la verdad y la prudencia.

Ningun hombre es justo, que no tiene esperanza de la justicia.

La fuerza es mejor en la prudencia que en el palo y el hierro.

El que está vestido de las virtudes no tiene necesidad de cosa alguna.

Si Dios faltase á el hombre virtuoso, sería contra la justicia, esperanza y caridad.

De los proverbios de las flores de el árbol moral vicioso.

La templanza se quejaba de la gula, y la justicia castigó á la fortaleza.

El que coge culpas en el amar, coge penas.

Por cuanto la soberbia es viciosa: cuando cree ascender más, más deciendo.

Aquel hijo que fué principiado en la lujuria, tiene pena por la culpa de su padre.

Ningun avaro tiene esperanza.

El hombre airado está más apartado de la prudencia que otro alguno.

Por cuanto no hay semejanza alguna entre Dios y el vicio, éste no puede ser criatura.

Ningun vicio tiene concordancia con el sér.

Entre el vicio y la culpa no hay diferencia alguna.

Peor es un vicio en el alma que mil vicios en el cuerpo.

De los ejemplos de el fruto de el árbol moral.

Cuéntase que la virtud y el mérito se encontraron en el árbol moral, y porfiaban recíprocamente, porque la virtud decía que el mérito era su fruto. Y el mérito decía que ella no sabía lo que un caballo decía á el Rey. «Y cómo fué eso? dijo la virtud.—Cuéntase, dijo el mérito, que cierto rey tenía un halcon, el cual cazaba bien las grullas; sucedió pues que el Rey había ido cierto día á caza, y que con el halcon cogió una grulla que bajaba desde las nubes de el cielo hasta la tierra; entonces el Rey se alegraba mucho con el halcon, que había muerto también aquella grulla; y dijo á el halcon que le amaba mucho. Pero el caballo dijo á el Rey que se maravillaba mucho de que el Rey amaba tanto á el halcon, que lo que hacía, no lo hacía para dar gusto á el Rey, sino para poder comer. Pero el Rey dijo á el caballo que no le creía, y le dijo que él tenía envidia; y entonces el Rey hirió el caballo con las espuelas y le hizo correr mucho tiempo; empero el caballo dijo á el Rey que él podía probar por experiencia lo que él le decía; porque si daba de comer á el halcon, él no iría por su amor á matar las grullas, porque no va á ellas sin gran fastidio y trabajo. Y que también el Rey le de-

bia creer á él; porque ayuno y habiendo comido le llevaba á cuestras donde quería, y que cuando le hería con las espuelas tenía paciencia, la cual no tendría el halcon si el Rey le maltratase y hiriese. Y entonces el Rey conoció que el caballo decía verdad; y le dijo que había adquirido el mérito, y que le quería amar más que á el halcon, que lo que hacía, no lo hacía por su amor, sino por su necesidad propia, y cuando le disgustaba, el halcon huía de él, y volvía á él para que le diese de comer.»

De los proverbios de el tronco imperial.

Dijo la bondad á el mal príncipe que él había dado la muerte á su hijo, que se llamaba bonificar.

«Oh mal príncipe, dijo la grandeza, ¿por qué me tienes ociosa en el bonificar?»

—Oh mal príncipe, dijo la duracion, la bondad me reprehende porque te hago durar.»

La grandeza desea que el poder de el mal príncipe sea en la pequeñez.

La ignorancia de el mal príncipe encarceló la sabiduría de su pueblo.

La voluntad de el mal príncipe desterraba el amar de la voluntad de su pueblo.

La virtud de el pueblo llevó en sus hombros el vicio de el mal príncipe.

La boca de el mal príncipe no tenía vergüenza de mentir.

La vanagloria de el príncipe siembra trabajos en su reino.

El mal príncipe hace confusa la conciencia de su pueblo.

Ningun príncipe malo tiene concordancia con su pueblo.

Ninguna contrariedad hay peor que la contrariedad de el príncipe y de su pueblo.

El príncipe comenzó á cobrar mal, y su pueblo le iba siguiendo.

Aquel príncipe es bueno, que consiste en el lugar medio de su pueblo.

En el mal príncipe se pierde el fin y plenitud de su pueblo.

Mayor dominio tiene el príncipe con mediocre pueblo (que sea bueno), que por un grande que sea malo.

Conviene que el príncipe tenga igualdad de justicia, sabiduría y caridad.

Aquel príncipe que deshonor á su pueblo tiene menos honor.

De los ejemplos de el brazo imperial.

Cuéntase que en la corte de cierto rey (que era muy discreto) hubo un baron que era muy lujurioso y de malas costumbres, y un alguacil que era casto y de buenas costumbres. El Rey juntó un gran parlamento, y vistió á muchos y á si mismo de seda. Y á aquel baron que era lujurioso y á el alguacil vistió de paño vil. Maravilláronse mucho todos los de aquel parlamento de que el Rey había vestido á el baron y á el alguacil de el mismo paño, y el baron se tenía por muy afren-

De los ejemplos de los ramos de el árbol imperial.

Cuéntase que cierto rey, en aquel día que se coronó, preguntó á su consejo cuáles eran las condiciones que el Rey debía tener reinando; y su consejo le respondió y dijo que entre las demas condiciones que debía tener el Rey, eran siete las principales, es á saber: justicia, sabiduría, caridad, poder, temor, honor y libertad. Entonces el Rey preguntó en la presencia de su pueblo si consentirían y concederían que el Rey debía tener aquellas condiciones. Y todos conjuntamente suplicaron á el Rey tuviese aquellas siete condiciones; porque sin ellas ningun rey podia gobernar su reino. Y el Rey respondió y dijo que él quería tener aquellas condiciones; y así, pidió á su pueblo fuesen enemigos de cualquier hombre que les aconsejase algo que fuese contra aquellas condiciones. El pueblo pues concedió esto, y se hizo escritura entre el Rey y su pueblo de aquel consentimiento. Por eso el Rey tomó aquellas condiciones de los cien nombres de Dios, y las hizo escribir á las puertas de su palacio, para que si alguno quisiese suplicarle y rogarle contra aquellas condiciones, tuviese temor de él y de su pueblo. Y por este modo el Rey tuvo libertad en reinar, en ser bueno y amigo de su pueblo. Y cuando alguno le pedia ó suplicaba algo contra aquellas condiciones, le hacia que las leyese en las puertas de palacio, adonde estaban escritas, y hacia que se arrepentiesen de los ruegos y súplicas que le hacían, ó les hacia morir mala muerte. Son pues las condiciones las que se siguen.

De la justicia.

Oh Dios! que eres verdadera justicia, cuando me acuerdo de mis delitos, te temo en mi conciencia.

Justo es Dios de su potestad, de su voluntad y sabiduría, las cuales tienen todo lo que desean tener.

Tanto da Dios de el bonificar y bonificado á la bondad, como da de el amar y de el amado á la voluntad.

Si Dios en sí fuese ocioso, no sería justo ni glorioso.

Justo es Dios en juzgar y justo es en perdonar, y es justo en igualar su justicia y su misericordia.

Si Dios no hubiese encarnado en el hombre, no tendría gran liberalidad en el ente creado.

La justicia trae la humildad, misericordia y piedad, y hace á el hombre amante por la voluntad.

El que quiere juzgarse á sí mismo, más presto alcanza la misericordia de Dios.

Más vale á el hombre recordar lo justo, amar lo justo y pensarlo, que poseer los honores y el oro.

Doyme á la justicia de Dios y me encomiendo á ella, para que haga de mí á su voluntad en el juzgar, y pido de ella el perdon de mis pecados, arrepintiéndome de ellos.

La misericordia y la buena voluntad por la justicia y piedad hicieron gran compañía.

tado, y el alguacil se tenía por muy honrado. Y preguntaron á el Rey que les declarase aquel ejemplo. Dijo pues el Rey estas palabras: «Había cierto soldado que tenía la mujer muy hermosa, la cual era muy lujuriosa, y se ponía en la cara albayalde y color, para parecer más hermosa. Sucedió cierto día que el soldado dijo á su mujer que le dijese la verdad, y que si no le respondía á lo que la preguntaba, que la había de matar. Y ella le dijo que le diría la verdad; empero que no la había de matar si se la decía. Y entonces preguntó el soldado á su mujer en qué hermosura era más blanca y más limpia, ó en la de su cara, ó en la de su intencion, y por la cual se ponía color; la cual le respondió que la hermosura era más clara y blanca en su cara, y que en su intencion era lo contrario; porque tenía pensamientos torpes, de que vestía su intencion, y por cuya razon adornaba y afeitaba su cara; y volvió á preguntar el soldado á su mujer si la hermosura era más hermosa en la cara ó en la voluntad; y ella respondió que cuanto el alma es mejor que el cuerpo, tanto es más hermosa la hermosura en la voluntad que en la cara. Entonces el soldado vistió á su mujer de un paño vil, porque su intencion era torpe y fea.» Y el baron (que era lujurioso) y los otros que estaban en el parlamento conocieron que el Rey había vestido á el baron de paño vil por razon de que su alma era torpe. Empero el alguacil no estaba contento de aquello; á el cual el Rey dijo estas palabras: «Cuéntase de cierto aradorcillo (que es un gusanillo, el cual se engendra en las manos) que se quejaba de Dios, que le había hecho criatura tan pequeña, y había hecho á el hombre tan grande y honrádole tanto. Y entonces Dios le puso en el hombre, en el cual le honró, en cuanto le puso en su compañía y en que comiese de el hombre; y para que el hombre no fuese soberbio por el honor que le habían dado, y para que el aradorcillo olvidase su pequeñez y vileza en la compañía en que estaba con el hombre y fuese honrado en él.» Pero cuando el Rey contó este ejemplo, dijo el alguacil á el Rey que no sabía lo que la garza había dicho á la paloma. «Y como fué eso? dijo el Rey.—Cuéntase, dijo el alguacil, que dos monas pusieron algunos leños sobre una lucerna, la cual creían que era fuego, y porque tenían frio, querían encender fuego para calentarse. La paloma dijo muchas veces á las monas que la lucerna no era fuego, y que bien se vía que las monas (que solían ser hombres) tenían tan fea figura, á semejanza de los hombres. La garza dijo pues á la paloma que ella no debía burlarse, ni reprehender á el hombre errado y obstinado, porque podria tener daño de esto, por razon de que el hombre obstinado y errado no se deja castigar ni reprehender, y causa daño á aquellos que le castigan y redarguyen. Empero la paloma no quiso creer á la garza en el consejo que la dió; y creyendo que las monas no la habían oído desde el árbol en que estaba, bajó á la tierra, adonde ellas estaban, y las dijo que la lucerna no era fuego. Y entonces las monas cogieron la paloma, la mataron y la comieron. Y dijo la garza que había perdido todos sus discursos y pláticas en la paloma; pero en sí misma quedó con experiencia de lo que había dicho á la paloma.»

De la sabiduría.

Oh Dios! que eres la *sabiduría* y el saber, te quisiera amar, y amado, tenerte segun que mi voluntad puede cumplir y satisfacer.

Dios es su puro entendimiento; por eso entiende todo lo que es.

Por cuanto Dios en su *bondad* entiende la *grandeza*, por eso sabe en ella la bonificabilidad, que es la buena y grande inteligibilidad.

Dios entiende que es por sí mismo entendido, y entiende que el entendido es personado, para que en él se pueda extender su entender.

En el entender no puede haber intencion, si entre el inteligente y el entendido no hay *distincion*, para que sea el *fin* de el entender con perfeccion.

Si por el entender no se siguiese alguna cosa, no sería la *bondad* de el inteligente y de el entendido, y lo bueno estaria puesto y colocado en la ignorancia.

Conviene que exista y sea el entender con *distincion*, para que en él pueda estar el concordar, por el cual esté remoto y apartado de la *contrariedad*.

Aquel hombre que es deificado tiene mayor inteligibilidad de el bien que otro algun ente creado.

Dios tomó la naturaleza humana, para que fuese muy entendido por el hombre; entendámosle pues más que á otra cosa alguna.

Tan grande es en Dios la inteligibilidad, como es grande su intelectividad; porque tienen igual *grandeza* y *bondad*.

De el amor.

Oh Dios! que estás en la voluntad y en el amor, sé recordante de tu siervo, que con amor procura tu honor.

Así tiene Dios en la voluntad la *grandeza* de el amante, de el amable y de el amado, como en el grandificante, el grandificado y grandificar.

Porque la voluntad vale más por el amar que por el aborrecer, y en Dios no puede existir el aborrecer, es la *grandeza* de la verdad, que esté en ella el amado verificante, el verificar y el verificado.

Como la *sabiduría* tiene complemento en saber la *bondad*, *grandeza* y *eternidad*, así la voluntad tiene complemento en amarlas.

Tanto quiso Dios amar á el hombre, que se quiso entregar á la muerte por el hombre.

El que sabe concordar en la voluntad la naturaleza de el amante, de el amable y de el amar, sabe guardarse asimismo de todo vicio.

Más vale en la voluntad amar lo bueno, y por la amistad recordar lo bueno, que todo lo bueno sensado, que es por el sentir.

Aquel que sabe usar de la voluntad, ninguno le puede engañar, ni podrá de manera alguna tener necesidad de el bien.

Ninguno puede dar más que aquel que da su amar sin intencion de pecar.

De el poder.

Oh Dios! que eres el *poder*, no serias glorioso si el *poder* estuviese en tí ocioso.

El *poder* que puede de la *bondad*, infinidad y *eternidad*, no tiene término ni cantidad.

El *poder* que no puede principiar de el *principio* bonificar, no puede ser suficiente á la *bondad*.

El *poder*, *sabiduría* y *voluntad* son en Dios una deidad, de la cual es deificado el poderificado.

Aunque en el *poder* sea el poderificar, si en la deidad no hubiese el deificar, el *poder* no podría ser Dios.

El *poder* (que es espiritual) puede sobre el *poder* sensual, porque aquel es sobrenatural.

Más vale el *poder* en el amar que en el ver ó en el imaginar.

Más vale el *poder* en el nutrimento de la buena voluntad y de la buena memoria que en el oro ó en la plata.

Dios se quiso dar cuanto pudo á nuestro entender y amar; por eso quiso encarnar.

El *poder* que Dios da por el sacramento de el altar, ningun viviente lo puede apreciar.

De el temor.

Por cuanto Dios es todo amor, no puede haber en él temor.

Aquel no puede ser el mayor señor, que tiene temor de alguna cosa; porque el temor es de el ente menor, y no de el ente mayor.

El temor es consecuencia de el amor; siendo el temor de siervo bueno y verdadero, que teme se haga á su señor injuria y vituperio.

Más vale que el hombre tenga temor de no hacer falta á su señor, que el temer la pena ó el dolor.

El que teme que Dios sea deshonorado, tiene temor con gran felicidad y está lleno de fidelidad.

No teme á Dios el que no le hace honra, y el que no le teme no le tiene amor, ántes está lleno de gran deshonra.

El temor tanto vale por la *bondad* como por la posibilidad, porque son iguales en el amado.

Tanto debe temer el hombre el juzgar como el tener misericordia; por cuanto son iguales en el amar.

El temor hace á el hombre reconocido, multiplica el amor, y evita el defecto de el hombre.

Más vale el temor en la salud que en la enfermedad, porque tiene más libertad.

De el honor.

Dios con el honor es honorable, y no con la vileza y defecto.

El hombre debe honrar á Dios con la virtud de el entender, amar y recordar.

A Dios deshonorá el que cantando le nombra, y piensa en él deseándole en los hechos viles.

El que quiere jurar por poca cosa, y jurando perjurar, no sabe honrar á Dios.

¡Ay de tantos hombres que honró Dios en este mun-

do, que no le dan, hacen y retribuyen honor en la *sabiduría* y *voluntad*!

A Dios compete tal honor, es á saber, que sea mayor que todos los honores.

El que no ama á Dios más que á el pecado, le vitupera y menosprecia.

Más vale un honor de Dios que el honor de todo el pueblo.

El que quisiera honrar mucho á Dios debria memorar muchas veces la honra que nos hizo por su encarnar.

Aquel que podria procurar la honra de Dios por todo el mundo, debria vivir y estar en gran temor, porque no se podrá excusar en el último juicio.

De la libertad.

Dios es libre en su existir, y es libre en su obrar con su poderificante, poderificable y poderificar.

Dios tiene libre *poder* en su gran *bondad* por el bonificante, bonificable, bonificar y bonificado.

Dios es más libre en su *poder* que lo es el hombre en su querer; ninguno puede saber su libertad.

Dios es libre en el infinitar, en el eternificar y en el cumplir y perfeccionar, y no hay cosa que pueda resistirle.

Más vale la libertad en el querer, en el recordar y en el saber, que tener un reino ó un imperio.

Dios creó á el hombre libre en la virtud; pero por sí mismo cayó en la servitud, porque no se conoció á sí mismo.

Cualquier hombre puede tener libertad para amar á Dios y estimarle cariñosamente, porque á ninguno fuerza á que le ame.

El hombre que es siervo de el pecado no tiene libre voluntad, porque la justicia le tiene puesto en la cárcel.

Ningun hombre que está en la *virtud*, está en la servitud; ni está libre el que cayó en pecado, hasta que se conoce á sí mismo.

Más vale la servitud con pena, si allí está la justicia, que la libertad en la honorificencia.

De los ejemplos de el tiempo de el árbol imperial.

Cuéntase que cierto príncipe tenía una hija, que amaba mucho, porque no tenía otro hijo ni hija, ni esperaba tenerlos. Dijo pues el Rey á su hija que la quería casar, y quería que despues de su muerte su marido fuese rey. La doncella respondió á su padre que ella no quería tener marido, porque deseaba vivir siempre virgen en la presencia y gloria de nuestra Señora, á la cual quería imitar y semejar en alguna cosa, para que nuestra Señora, por aquella imitacion y semejanza, la amase más. Empero el padre reprehendió á la hija, y la dijo que él quería quedase en su reino rey de su linaje, que fuese lijo de su hija; y así sucesivamente de un rey en otro, hasta la fin de el mundo. Y entónces la doncella rogó á su padre que la dijese la verdad en una pregunta que le quería hacer. Y el Rey dijo que sí. Y la doncella dijo á su padre si creía

que habia más reyes malos que buenos; y el Rey dijo que en su tiempo eran más los malos que los buenos, y asimismo en el tiempo pasado, en el cual, segun la fama, eran más los malos reyes que los buenos. También preguntó y dijo la doncella si creía que en su pueblo habia muchos más hombres malos que buenos; á la cual respondió el Rey que en su reino serian más los malos que los buenos. «Vuelvo á preguntar, dijo la doncella, si vos creéis haber hecho más mal que bien.» El Rey respondió á su hija que habia hecho más mal que bien. Y entónces la doncella dijo que, segun la respuesta que él la habia hecho, no debía querer que de su cuerpo procediesen hombres que fuesen más malos que buenos, y que cometiesen algun vituperio contra Dios, y que fuesen á morar en el infierno, blasfemando eternamente de Dios y de el linaje de adonde decendian. Con lo cual el Rey (que era hombre pecador), movido de las palabras que dijo su hija, tuvo contricion de sus pecados, de que procuró hacer satisfaccion, y fué hombre santo y de buena vida.

De los proverbios de el árbol imperial.

La justicia de el Rey es la paz de su pueblo.
 Más hermosa es la justicia de el Rey que su corona.
 En la honra de el Rey está honrado su pueblo.
 Ninguna gran servitud es durable.
 Ningun hombre, siendo solo, se puede defender de un mal príncipe.
 Ningun hombre está seguro en la amistad de el príncipe.
 El mal príncipe y el mayor demonio hicieron compañía.
 El *poder* de el mal príncipe es la prision y cárcel de la *sabiduría* y *voluntad*.
 Es difícil que un príncipe abastecido y fuerte sea humilde.
 En ningun hombre es la humildad tan hermosa como en el príncipe.

De los ejemplos de e. fruto de el árbol imperial.

Cuéntase que la corona de el Rey y la paz de el pueblo se encontraron en el árbol imperial, porfiando recíprocamente, porque la corona decia que ella era su fruto. Y la paz de el pueblo decia que ella era el fruto, y no la corona. Pero la corona alegaba y decia que ella era el fruto, porque estaba en la cabeza de el Rey, y la paz estaba en el pueblo, que estaba sentado á los piés de el Rey. Y la paz dijo á la corona que ella no sabia lo que la guerra habia dicho á el caballo de el Rey. «Y que fué eso? dijo la corona.—Cuéntase, dijo la paz, que cierto rey tenía un hermoso caballo, que era fuerte y corria muy bien. Este caballo habia descansado mucho tiempo, y comia cuanto quería, y no tenía trabajo alguno, por cuanto el Rey tenía paz con sus vecinos y en su tierra. Sucedió pues que el Rey subió sobre su caballo, que estaba gordo y soberbio, y deseoso de hacer mal á los hombres y á los caballos, á los cuales vituperó. Y entónces aconsejó á el Rey que hiciese guerra con todo su poder, para que se extendiese la

fama de que era buen soldado y de que tenía buen caballo. El Rey creyó á el caballo, y hizo guerra á un príncipe, el cual le venció en la batalla y le quitó su tierra; y el Rey huyó en el caballo, y se fué á tierras extrañas, y le fué necesario vender la corona para poder comprar alguna cosa que comer para sí, y estuvo en pobreza; y el caballo vino muy flaco, porque no tuvo qué comer, y estaba acostado sobre el lodo, porque no había quien limpiase la caballeriza. Y entonces dijo la guerra á el caballo que el consejo que había dado á el Rey había sido contra su gordura y contra la limpieza de su cama, y también contra su hermosura.»

De los proverbios de el tronco apostolical.

Dijo la *bondad*: «Oh *voluntad*! ¿por qué has elegido mal prelado?—Y tú, *bondad*, dijo la *voluntad*, ¿por qué no me has hecho buena?»

Deseaba la *grandeza* que el prelado fuese de gran linaje; pero dijo la *sabiduría* que ella vale más en el juicio que la *grandeza* en el linaje.

El juicio de el prelado no puede durar sin la caridad y *sabiduría*.

El *poder* de el buen prelado de buena gana está en el círculo, pero no en el ángulo.

Pesábale á la *voluntad* y lloraba, porque había elegido prelado sin *sabiduría*.

Concurrieron la *sabiduría* y la *voluntad* para elegir prelado, y fué primera la *voluntad* en la eleccion que la *sabiduría*.

La *virtud* de el prelado es mejor que la *virtud* de el sol.

La mentira de el prelado mata la *verdad* de su pueblo.

Aquel prelado es árbol, que está puesto lo de arriba abajo, el cual no enseña ni muestra los caminos de la gloria.

Ningun prelado debe confundir ni desminuir su oficio.

Aquel prelado es bueno, en el cual concuerdan la devocion y *sabiduría*.

La *contrariedad* de el prelado y de el príncipe es muy mala y peligrosa.

La santidad de el prelado es el principio de la fidelidad de su pueblo.

El lecho de el prelado debe estar en el lugar medio de la devocion y *sabiduría*.

Ningun hombre es más perfecto en honor que el buen prelado.

Ningun hombre tiene mayor oficio que el prelado.

El prelado ha de ser elegido en *igualdad* de caridad y *sabiduría*.

Ningun hombre está en menor *bondad* que el mal prelado.

De los ejemplos de el brazo apostolical.

Cuéntase que el honor y la *sabiduría* iban en peregrinacion; y habiendo sido hospedadas en una posada, la *sabiduría* preparó la comida, y puso la mesa con pan negro sobre manteles blancos. Los manteles juzgaron

que se les hacia agravio, porque se ponía sobre ellos el pan negro. Pero el pan les respondió que ellos no es-tarian blancos ni enteros si él fuese blanco; y entonces el honor conoció que el pan era amigo de la *sabiduría*, y no quiso comer de él; y dijo á la *sabiduría* que le diese pan blanco; la cual respondió y dijo que ella no daría pan blanco si no estuviese sobre manteles rotos; estuvo pues por todo aquel día sin querer comer, y el día siguiente se pusieron en camino. Y estando en él, encontraron con dos lobos, que estaban peleando con dos perros; y mientras estaban peleando, vino cierto lebrél, que era hermano de uno de los perros, y quiso ayudar á su hermano; pero éste le dijo que ayudase primero á el otro perro; á el cual ayudó el lebrél, y ambos vencieron el lobo y le mataron. Despues vinieron y mataron á el otro lobo, con que fueron muertos los dos lobos. Y entonces el lebrél dijo á su hermano y le preguntó por qué quiso que ayudase primero á el otro perro; el cual le respondió que si le hubiese ayudado primero, y se hallase fatigado, despues no ayudaría á el otro, que no era su hermano, y pudiera ser que el lobo le hubiese muerto. Pero por cuanto confiaba en su hermandad, juzgaba que aunque estuviese fatigado de pelear, no obstante le ayudaría á él, que era su hermano, porque el amor (que le tenía) le daría virtud y fuerza. Y la *sabiduría* dijo á el honor que la caridad era buena en la sociedad y compañía; y que así, él se fuese, porque no quería ir con él en compañía, por cuanto no amaba cosa alguna, sino á sí mismo; y quería que todas las cosas le sirviesen, y que él no quería servir á ninguno. Entonces la *sabiduría* se separó de el honor. El honor pues anduvo solo todo el día, y cuando llegó á cierta ciudad, no supo buscar la casa de el obispo, y se entró en la casa de un villano. Y este villano comía con su mujer y hijos, y junto á su mesa estaban un asno, un lechon y un buey. Y el honor comía de aquel pan negro que estaba delante de el villano, y estaba sentado con él á la mesa, sobre la cual había unos manteles negros y rotos; y el honor no se podía abstener de comer, porque tenía gran hambre, aunque el pan era negro y estaban rotos los manteles. Habiendo comido el rústico, dijo á el honor que le ayudase á conducir su asno y buey á el agua; pero el honor respondió que no había sido criado para ir detrás de los bueyes y de los asnos, sino para andar á caballo; y así, se levantó de la mesa, y dijo á el rústico le hiciese una buena cama, en que poder dormir, y que echase el lechon de casa.

De los ejemplos de los ramos de el árbol apostolical.

Cuéntase que la *voluntad* y el entendimiento estaban en un vergel, y estaban hablando de Dios y de sus obras. Dijo pues el entendimiento á la *voluntad* que él valía más que ella, porque pasaba á entender sobre la sensitiva é imaginativa. Pasaba sobre la sensitiva cuando el gusto enfermo sentía amargura en la manzana dulce, y la juzgaba amarga; pero él juzgaba la manzana dulce, y la tocaba, entendiéndola. Pasaba sobre la imaginativa cuando imaginaba que el ángel (cuando se movía de un lugar á otro) pasaba por el

medio, y que el entendimiento entendía sobre la imaginacion, en cuanto entendía que el ángel, segun su naturaleza, no pasaba por el medio, sino que la naturaleza de el lugar pasaba por el medio; el cual lugar imaginaba la imaginacion. Y respondió la *voluntad* y dijo que también ella ascendía sobre la sensitiva é imaginativa, y semejantemente sobre sí misma: sobre la sensitiva, como el hombre que tiene hambre, y yo quiero que ayune; sobre la imaginacion, como el hombre que imagina las delicias carnales, y hago á la imaginacion imagine lo contrario. Asciendo y subo también sobre mí misma, en cuanto amo á Dios más que á mí misma, y trabajo más por su honor que por el mio. Pero el entendimiento respondió y dijo que él asciende á Dios sobre sí mismo, en cuanto se mortifica á sí mismo, creyendo de Dios lo que no entiende, para que Dios sea honrado, y que en aquel grado valia tanto como ella.

De los ejemplos de el lugar de el árbol apostolical.

Cuéntase que el *poder*, *sabiduría* y *voluntad* pidieron á la *igualdad* que fuese con ellas en compañía; porque ellas querían ir á cierto lugar, donde pudiesen hacer y obrar buenas obras. Y la *igualdad* condescendió con sus ruegos. Y mientras iban en busca de el lugar donde pudiesen tener iguales operaciones, encontraron á la *bondad*, en la cual se pusieron y colocaron. Y dijo la *voluntad* que quería amar la *bondad* con todas sus fuerzas y de toda sí misma. Y la *sabiduría* dijo que quería de toda sí misma saber la *bondad*. Y el *poder* dijo que la quería poderificar de todo sí mismo. Y la *igualdad* dijo que quería igualmente que la *bondad* fuese amada, sabida y poderificada, con tal condicion, que la *bondad* bonificase igualmente á el *poder*, *sabiduría* y *voluntad*; y la *bondad* dijo que ella estaba contenta. Entonces el monje dijo á Raimundo que le contase el modo. Y Raimundo respondió que el modo consistía en que las cinco señoras por un modo fuesen un agente, que fuese el *poder*, *sabiduría*, *voluntad*, *igualdad* y *bondad*, y que por otro modo fuesen un agible ú operable. Y que de ambos procediese un operar, que fuese todas las cinco señoras; y por esto entendió el monje el modo substentado en la *igualdad* de el bonificar, poderificar, entender, amar y de el igualificar; pero no podía entender que pudiese ser aquel modo sin el lugar de el conteniente y contenido, el cual no podía ser en aquel modo. Entonces Raimundo dijo á el monje estas palabras: «Cuéntase que el fuego, aire, agua y tierra quisieron hacer una peregrinacion, é ir á un lugar, en el cual significasen la operacion que no está en el lugar de el conteniente y contenido. Y entonces se entraron en la manzana, que es de todos cuatro; de manera que no es contenida, ni ellos están dentro de la manzana, ni ésta está fuera de ellos. Y mientras ellos hacían esta significacion, hallaron á la memoria, entendimiento y *voluntad*, que están en el alma, en la cual se hace más vivamente la significacion. Por eso dijo Raimundo á el monje que pues el alma significaba más vivamente la interioridad, que realmente tienen las formas divinas

las unas en las otras, sin terminacion de el conteniente y contenido (la cual tienen los cuatro elementos en la manzana), cuanto más aquella naturaleza, que es más superior que el alma, y más apartada de el lugar, significará más vivamente la interioridad de una forma en otra, sin la existencia de el conteniente y contenido.

De los proverbios de las flores de el árbol apostolical, y de los artículos de la Deidad.

Siendo así que todo lo que es, es porque Dios es. Si no fuese Dios, ningun ente sería.

Si fuesen muchos dioses, la infinidad sería nada.

Imposible es que dos padres sean infinitos.

Por el contacto de las divinas razones nace el Hijo Dios de Dios Padre.

De el encuentro amoroso de el Padre y de el Hijo procede el Espíritu Santo.

Si pudiese el mundo ser eterno, podría ser la posibilidad sin la positividad.

La recreacion de el mundo duplicó la servitud de los hombres.

Todos los hombres han sido creados para conocer la gloria grande de Dios.

Ningun ente puede desencaminar á el mundo de el fin por el cual ha sido creado.

Dios puede más en sí mismo que en otro

De los proverbios de las flores de el árbol apostolical, y de los artículos de la humanidad.

Más noble y mejor es la concepcion de Jesucristo que la recreacion de el mundo.

Por cuanto á Dios compete mejor producir las cosas grandes que las pequeñas, mejor pudo nacer de una virgen que crear el mundo.

Por la muerte de Jesucristo vive el gran amar de los hombres.

Decendió Jesucristo á los infiernos para hacer subir los santos hombres á los cielos.

La resurreccion de Jesucristo es espejo de la universal resurreccion.

El fin de la humanidad de Cristo está en lo supremo.

La *grandeza* de el juzgar consiste en la *verdad* de el sentir y de el entender.

El que aborrece á Jesucristo, aborrece á el fin de todas las cosas.

Ningun nombre es más virtuoso que el nombre de Jesucristo.

Ningunos instrumentos auténticos son más verdaderos que los artículos de la fe.

De los ejemplos de el fruto de el árbol apostolical.

Cuéntase que el honor y la salvacion de las gentes pleitéaron entre sí recíprocamente en el árbol apostolical; porque cada una decía que era el fruto de aquel árbol apostolical. El honor pues alegaba y decía que él era el fruto, por cuanto el Papa era más honrado y venerado que otro hombre alguno. La salvacion alegó, dicien-